

QUÉ ES -UNA VEZ MÁS- FILOSOFAR

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ DORAL.
Profesor de Filosofía del Derecho
de la Universidad de Navarra.

Imaginemos tres mundos diferentes: el mundo de la Ciencia, el mundo de la Filosofía, el mundo de la Religión.

O también, el *submundo de la Ciencia* (quitando a esta partícula *sub* toda significación peyorativa y dándole sólo un sentido topográfico), el *mundo de la Filosofía* y el *supermundo de la Religión*.

O, de otra manera: el *mundo circundante* de la Ciencia, el *mundo*, sin más, el mundo real, total, fundamental, de la Filosofía y el *mundo* sagrado de la Religión.

O, aún; el mundo de la *razón instrumental*, al mundo de la *razón crítica o trascendente* y el mundo de la *razón-que-se-deja-enseñar-por-la-Revelación*.

Siempre se trata del mismo mundo: éste, el mundo en que vivimos, el mundo de la experiencia, el mundo real. Ciencia, Filosofía, Religión son -desde este punto de vista- dimensiones, profundidades distintas que nos aparecen, y que componen entre sí una totalidad estructural, de manera que cada una de ellas dispone de una cierta autonomía, sin dejar de estar abiertas unas a otras, y siendo las tres indispensables para llevar a cabo el -nunca acabado- descubrimiento de la Realidad.

Estamos ahora en el centro y podemos dirigir la mirada a uno u otro lado; Platón es un filósofo que *también* es un místico; Aristóteles es un filósofo que *también* es un científico. Y si es verdad que se nace platónico o aristotélico, cada uno de los filósofos -en definitiva, cada uno de nosotros- tenderá más, desde la Filosofía, a la Ciencia o a la Religión.

Lo que no se puede hacer es excluir uno de estos elementos (o dos de ellos) y atribuir, después, al todo mutilado la naturaleza y las características del todo primitivo. Si es la Ciencia la que desplaza a la Filosofía y a la Religión, tenemos el *Cientificismo positivista*, una especie de herejía gnoseológica. Si es la Filosofía la que se erige hegemónicamente, negando los derechos de las otras dos, caemos -porque eso es también una degradación- en el *Idealismo softístico* e, incluso, si es la Religión la que reclama para ella sola todo el campo, nos encontramos con el *Integrismo fideista* que no es menos disparate que los otros dos. Ciencia, Filosofía, Religión: las tres dimensiones tienen sus derechos y, como hace un momento decíamos, sólo con las tres se puede llegar a descubrir -algo- de la Realidad.

Se trata, ahora, en esta glosa, de la Filosofía. ¿Se puede decir, en no muchas palabras, en qué consiste la Filosofía, cuál es su pretensión?

Desde siempre se ha dicho que la Filosofía -sobre todo como Ontología- se ocupa con el Ser. Del ser en cuanto ser, del sentido del ser y de paso, del sentido de este ser que somos cada uno de nosotros, del sentido, no sólo significativo, sino verdadero, de la existencia humana.

Pero ser -de las más de las cien mil palabras de los idiomas cultos, la más complicada y, quizá también, la más sencilla- es... todo. Todo lo que hay y lo que hace que haya, lo que significa que la Ontología, la Filosofía es la *Ciencia total de todo*. No un conjunto,

más o menos abarcante de “conjeturas refutables” sino un saber total de todo.

Pues bien, una pretensión tan desmesurada, tan ausente de límites ¿puede justificarse de algún modo?, ¿puede mostrar razonablemente su posibilidad?

Empecemos -para tratar de articular esa justificación- con un ejemplo no precisamente cercano a la Filosofía. Hasta las célebres experiencias biológicas de Jacob von Uexküll, allá por los años treinta, se suponía que “todos los animales dotados de ojos, veían los mismos objetos”.

Si un pinzón busca un saltamontes para desayunar y éste se queda quieto, el pinzón -que conoce perfectamente la forma del saltamontes- no lo ve, porque el saltamontes queda camuflado entre otras formas sumamente parecidas. Cuando salta y se destaca claramente de aquellas formas perturbadoras, el pinzón lo ve y lo atrapa, la explicación parece obvia y no plantea la menor dificultad.

Y, sin embargo, no es así. Muy cuidadosas y repetidas contrastaciones empíricas han derrocado aquella conjetura y han obligado a aceptar otra explicación, un poco más sofisticada, pero muy interesante. No es que el pinzón se desoriente ante el camuflaje de su probable desayuno, es más que eso: es que el pinzón está adaptado a la forma “saltamontes en movimiento” y no a la forma “saltamontes en reposo”. De manera que si éste se queda quieto, el pinzón no lo encuentra, aunque lo busque, porque está, sin más, *fuera de su mundo*.

En general hay que decir, según von Uexküll, que el animal está adaptado totalmente -y por tanto, encerrado totalmente- en un ambiente, un *Umwelt*, un mundo-circundante; no vive en el vasto mundo, sino “en una reducida vivienda, pobremente amurallada”.

La pregunta es: ¿pasa esto también con el hombre? Hay quien dice que sí: el propio von Uexküll y después de él Gelilen, Wilson o

los sociobiólogos de nuestros días, Hay quien piensa que no. O, mejor dicho, hay quien piensa que el hombre tiene también un *Umwelt*, un mundo circundante: el mundo de las finalidades inmediatas de la vida, el mundo empírico, el que se ve y se mide, el mundo de la producción y del consumo, el mundo al que le bastan cinco mil palabras, el mundo cotidiano. Pero el hombre, además tiene *espíritu*.

Y esto es una novedad de tal importancia que requiere una atenta consideración. Quiero remitir aquí al conciso y estupendo ensayo del filósofo de Münster, Josef Pieper -Was heisst philosophieren?- que condensa admirablemente la gran tradición del pensamiento occidental en este punto.

El espíritu es -viene a decir nuestro filósofo- respecto de la capacidad de percepción del animal (y de la planta) un nuevo modo de “ponerse en relación”. Por reducido que sea el mundo circundante del animal, ese mundo es un campo de relación mucho más amplio que el de la nueva vida vegetal. Pues bien, el del hombre es un *nuevo* campo de relación, correspondiente a la típica fuerza de percepción que hay en él, que llamamos *espíritu* y que es el *mundo como tal*, la totalidad de las cosas existentes. Eso es, en resolución, el espíritu: una fuerza de percepción capaz de ponerse en relación con la totalidad, no tanto la incorporeidad sino esto, la capacidad de relación con el todo. De tal manera que en el hombre no hay adaptación -y por tanto, encerramiento- sino liberación y, por tanto, riesgo, peligro.

Cuando la tradición del pensamiento occidental -el propio Aristóteles para empezar- dice que “el alma es todo lo existente” o que “en tanto hay alma, es posible que en un solo ser tenga existencia la perfección del todo en su conjunto”, ¿de qué está hablando sino de esta co-pertenencia de Espíritu y Realidad? Y la proposición básica de toda metafísica “verdad y ser se convierten”, ¿qué significa sino que una cosa es verdadera porque es conocida por el *Espíritu* absoluto y cognoscible para el *espíritu* creado? (“Nosotros vemos las cosas porque son -dice San Agustín- pero ellas son porque tú las ves”).

Y si, finalmente, no existe ser alguno que no sea conocido y cognoscible -si es lo mismo decir “las cosas tienen ser” que decir “las cosas son conocidas y cognoscibles”- con eso está dicho, al mismo tiempo, que la esencia de las cosas consiste en estar *relacionadas al espíritu*.

Todo esto no quiere decir que el hombre pueda prescindir del mundo circundante -como no puede prescindir de su cuerpo-. “No se puede vivir directamente bajo las estrellas, necesitamos un techo sobre nuestras cabezas”. Pero poder pasar del mundo de todos los días, del mundo determinado por las finalidades inmediatas de la vida, del *Umwelt*, del mundo empírico al *mundo* -experimentar que este mundo puede ser conmovido por la llamada incitante e intranquilizadora del mundo- eso es filosofar.

¿Qué estoy haciendo ahora? Estoy leyendo una revista. Se me transmiten unas determinadas palabras y lo que leo es captado, sopesado, admitido, rechazado, aceptado con reservas, incluido en mi propio tejido de ideas.

De esa respuesta, puede hacerse cargo la Ciencia, la Fisiología de los sentidos, la Psicología del aprendizaje, de la percepción, de la conservación en la memoria, la Sociología quizá, bastan para dar una completa explicación del acto de leer. Pero si yo pregunto qué es, en general y en su último fundamento, aprender, conocer, captar la verdad, hacerla patente al espíritu, a eso, sólo se puede contestar, poniendo en juego la totalidad de las cosas existentes, “Dios y el mundo” -como dice, con toda razón el filósofo de Münster-, el Ser. De esa nueva y problemática cuestión ya no son las Ciencias las que se hacen cargo -ellas sólo “cuidan” del mundo circundante- sino la Filosofía.

Es más, si queremos ir verdaderamente a la raíz de las cosas, es decir, si queremos una respuesta radical, habremos de decir que esa pregunta, en rigor, sólo puede ser contestada por... Dios. En efecto; saber el de dónde y el adonde, el origen y la meta, el princi-

pio que rige la constitución y la estructura, el sentido y la configuración de la realidad en su conjunto es sólo propio de Dios. El filósofo pone sus miras -nos dice Platón- en la “Sabiduría tal como Dios la posee”.

Hay en esta estremecedora declaración una advertencia acerca de la intrínseca relación de la Filosofía y la Religión. Tendremos que dedicar alguna glosa al tema de la Religión. Porque la pretensión religiosa es todavía más impresionante: Dios mismo, el Ser, “EL QUE ES” y no tal como aparece a la razón humana sino tal como es en sí. No el “Dios de los filósofos y de los sabios, sino el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de los profetas y los Santos, el Dios Vivo”.

Hay, además, una constatación de que la Filosofía no puede ser un sistema cerrado; ha de ser una búsqueda. No de algo inaccesible por principio -como la “cosa en sí” kantiana o popperiana- sino de algo que, en sí mismo, es luz -cada cosa tiene tanta realidad como luz, decían los antiguos-, aunque luz y luminosidad inabarcable.

¿Qué estoy haciendo yo ahora? Se podría aplicar aquí la archiconocida -y estupenda- respuesta de los tres picapedreros. “Picar” -dice el primero, cuando le pregunta qué hace él en las obras de una nueva Catedral, “trabajar por mi familia”, dice al otro, accediendo con esas palabras a un mundo diferente del primero. “Construir una Catedral” dice, con toda verdad, el último, abriéndose, quizá inconscientemente, a otra dimensión, completamente nueva, aunque no separada de las otras, de la misma realidad.

Son los tres mundos de que hablábamos al principio. Ciencia, Filosofía, Religión que, con sus respuestas diferentes, nos conducen al descubrimiento y a la posesión de lo real.